

cioso, petición de principio, logomaquia, absurdo. Acabo de probar que el trabajo no puede dividirse sin que el consumo se divida también; en otros términos, que la ley de división implica una ley de repartición, y procediendo ésta por *debe y haber*, sinónimos de *tuyo y mío*, la comunidad queda destruida. El individualismo existe, pues, en el seno de la comunidad, en la distribución de los productos y en la división del trabajo: dígame lo que se quiera, el comunismo está condenado á morir, y sólo le queda el derecho de optar por la justicia, resolviendo el problema del valor, ó crear, bajo el manto de la fraternidad, el despotismo del número en vez del de la fuerza.

Todo cuanto el socialismo dijo, desde la muerte de Abel hasta los fusilamientos de Rive-de-Gier, sobre este gran problema de la organización, no fué más que un grito de desesperación y de impotencia, por no decir una declamación de charlatan. Ni hoy ni nunca, nadie en el socialismo ni en el partido propietario resolvió las contradicciones de la economía social; y todos esos apóstoles de organización y de reforma, son explotadores de la credulidad pública que descuentan, en nombre de la ciencia futura, el beneficio de una verdad tan antigua como el mundo, y cuyo nombre no saben articular siquiera.

¿Será el productor libre en su trabajo? A esta pregunta tan sencilla, el socialismo no se atreve á responder; y á donde quiera que se vuelva se vé perdido. La división del trabajo está unida por un lazo indisoluble á la repartición matemática de los productos, y la libertad del productor á la independencia del consumidor. ¡Suprimid la división del trabajo, la proporcionalidad de los valores, la igualdad de las fortunas, y el globo, capaz de alimentar á diez mil millones de hombres ricos y fuertes, apenas basta

para algunos millones de salvajes: suprimid la libertad, y el hombre no es más que un miserable galecte *que arrastra hasta el sepulcro la cadena de sus engañosas esperanzas*; suprimid el individualismo de las existencias, y convertireis á la humanidad en un gran pólipo.

¡Afirmad la división del trabajo, y la comunidad desaparece con la uniformidad; afirmad la libertad, y los misterios de la policía se desvanecen con la religión y el Estado; afirmad la organización, y la comunidad de bienes, cuya inevitable consecuencia es la comunidad de las personas, no será más que una horrorosa pesadilla.

La comunidad con la división del trabajo, con la libertad y con la organización, ¡gran Dios! es el caos con los atributos de la luz, de la vida y de la inteligencia. ¡Y me preguntais por qué no soy comunista! Consultad, si gustais, el diccionario de las antonimias, y sabreis por qué no soy comunista.

§. VIII.—La comunidad es imposible sin la justicia, y perece por la justicia.

El no-yo, decía un filósofo, es el yo que se objetiva, se opone á sí mismo y se toma por otro: el sujeto y el objeto son idénticos. A igual A.

Este principio, que sirve de base á todo un sistema de filosofía, y que se puede considerar como verdadero en la especulación, es también el punto de partida de la ciencia económica, y el primer axioma de la justicia distributiva. En este orden de ideas, A igual A, quiere decir que el trabajo realizado es matemáticamente igual al trabajo pensado; por consiguiente, el salario del obrero es igual á su producto, el consumo igual á la producción. Esto es verdad para el individuo que cambia con otros productores,

como lo es para el trabajador colectivo que sólo cambia consigo mismo. El salario para el trabajador colectivo y para el hombre aislado, es igual á su producto; por consiguiente, los productos de todos los trabajadores son iguales entre sí, y sus salarios iguales tambien. Ahí está el principio de la igualdad de condiciones y de fortunas.

Así la igualdad en el hombre colectivo, no es más que la igualdad del todo con la suma de las partes; por medio de la libertad se establece despues entre las corporaciones industriales y las clases de ciudadanos, y se constituye, en fin, lentamente y por oscilaciones infinitas entre los individuos. Pero la igualdad debe ser universal, porque cada individuo representa la humanidad; y siendo el hombre igual al hombre, el producto debe ser entre todos igual al producto.

El punto de vista de la comunidad no es este. El comunismo tiene horror á las cifras, y la aritmética es mortal para él. No puede convenir en que la ley del universo, *Omnia in pondere, et numero, et mensura*, sea tambien la ley de la sociedad, y en una palabra, el comunismo no acepta la igualdad y niega la justicia. ¿Cuál es, pues, el principio que prefiere? Ya lo hemos visto; segun el Sr. Cabet, es la fraternidad, y... preciso será confesarlo; esta necesidad tiene entre sus partidarios hombres mucho menos inocentes que el respetable Sr. Cabet.

La igualdad y la justicia, segun dicen estos profundos teóricos, no son más que relaciones de propiedad y de antagonismo que deben desaparecer ante la ley de amor y de abnegacion. En este nuevo estado, dar es sinónimo de recibir; la dicha consiste en prodigarse, y á la emulacion de los egoísmos sucede la emulacion del desprendimiento. Tal es la idea superior del socialismo, idea que debemos pro-

fundizar, porque gracias á ella, perdemos todas las ideas inferiores de lo justo y de lo injusto, del derecho y del deber, de obligacion, de perjuicio, etc. Marchando de idea superior en idea superior, acabaremos por no tener ninguna.

Es sabido que el hombre primitivo, entregado á sus inclinaciones materiales, apenas conoce este amor místico del semejante que Jesucristo, segun Pedro Leroux, conoció imperfectamente, y que los comunistas tomaron por base de su doctrina. El estado de guerra es el estado primordial del género humano: ántes de amarse, los hombres empiezan por devorarse; el sacrificio del prójimo precede siempre al sacrificio por el prójimo, y la antropofagia y la fraternidad son los dos extremos de la evolucion económica. Añadamos que todo individuo reproduce en la vida, y en cada uno de sus momentos, esta doble faz de la humanidad.

La fraternidad, que expresa en nosotros el triunfo del angel sobre la bestia, más que un sentimiento espontáneo, es un sentimiento desarrollado, fruto de la educacion y del trabajo. ¿Cuál es, pues, el sistema de educacion de la fraternidad? Es extraño que nos veamos reducidos todavía á dirigirnos esta pregunta despues de tantas homilias fraternales.

Los comunistas racionan como si la fraternidad debiese resultar únicamente de la persuasion. Jesucristo y los apóstoles predicaban la fraternidad, y se nos predica todos los dias. Sed hermanos, nos dicen, porque si no sereis enemigos; vuestra eleccion no es libre. *¡La fraternidad ó la muerte!* Ante este dilema, el hombre no ha vacilado nunca, y eligió la muerte. ¿Tiene él la culpa?

Yo no puedo comprender cómo la conviccion que tengo de la necesidad de una cosa puede ser la causa eficiente de esta cosa. Yo soy libre, no porque se me

demuestre la excelencia de la libertad, aunque esta demostracion me haya hecho quererla, sino porque reuno las condiciones que hacen al hombre libre. Del mismo modo los hombres pasarán de la discordia á la armonía, no sólo en virtud del conocimiento que hayan adquirido sobre sus destinos, sino gracias á las condiciones económicas, políticas y demás circunstancias que constituyen la armonía en la sociedad. A la voz de Cristo, la humanidad se estremeció de amor y lloró de ternura; un santo fervor se apoderó de las almas; era el efecto de una reaccion, el resultado de un largo aniquilamiento; pero esta emocion duró poco; las discordias cristianas sobrepujaron los odios de la idolatria; la fraternidad se desvaneció como un sueño, porque como nada se habia previsto para sostenerla, carecia de alimento. La situacion es todavía igual; la fraternidad hoy, como siempre, espera para existir un principio que la produzca: ¿cree el socialismo que basta con predicarla?

Nosotros edificamos en el vacío; perecemos miserablemente á la vista de la tierra prometida que deseamos alcanzar á través del espacio, en vez de seguir el camino designado, marchando de jornada en jornada. La fraternidad no existe; esto lo reconoce todo el mundo; y el socialismo, en vez de buscar los elementos, cree que basta con hablar. Que la fraternidad exista, dice; pero la fraternidad no puede existir.

Algunos que toman las formas por la fraternidad misma, aseguran que el decoro, el buen tono, los sentimientos que inspiran una educacion generosa, las costumbres civilizadas y afectuosas de las generaciones futuras, no permiten suponer que nadie, abusando de la confianza social, haga traicion á la ley del desprendimiento y de la fraternidad. Éstos se parecen á los economistas que, reemplazando el nu-

merario con los billetes, la prenda con el signo, se figuran que abolieron el uso del dinero. Pero los billetes sólo VALEN si están afianzados, y la urbanidad, el decoro, las protestas de abnegacion, sólo tienen valor á condicion de que haya una hipoteca que los sostenga: que se me diga, pues, en dónde está esta hipoteca. Lo que hace nacer la amistad, la estimacion, la confianza, etc., es la certidumbre de la reciprocidad, ó lo que es lo mismo, el sentimiento de la dignidad y de la independenciam personal, y un bienestar individual y legítimamente adquirido. El embeleco de los conventos, de donde la religion tuvo buen cuidado de excluir todo sentimiento de personalidad y de propiedad, ¿era la fraternidad? No, no; esos *hermanos* eran por sí mismos muy poca cosa para que se estimasen los unos á los otros, y por el ejemplo de las comunidades religiosas, en las cuales la humildad y la abnegacion eran de regla, se pudo ver que la degradacion del *yo* entraña siempre la ruina de la caridad. Tal fué el grande error de esos fundadores de órdenes, á quienes Dios perdone en gracia de su buena voluntad, pero cuyos sistemas están juzgados. La grosería, la holganza y la crápula de los frailes se han convertido en proverbio; todos estos vicios de las comunidades religiosas, hasta de aquellas que habian hecho del trabajo la parte esencial de su disciplina, procedieron de esa falsa teoría que busca la fraternidad fuera de la justicia.

Al testimonio de la historia, añade la teoría sus pruebas. Para que una sociedad de trabajadores pueda prescindir de la justicia y sostenerse únicamente por el movimiento de los afectos, seria necesaria una cosa sin la cual la fraternidad moriria al instante, y es la infalibilidad y la impecabilidad individual. Un hombre tiene el proyecto de publicar un libro: ¿quién

hará los gastos de papel, composición, impresión, venta y porte? La comunidad, sin duda, supuesto que todo le pertenece; pero la comunidad, al imprimir este libro, se expone á hacer un gasto inútil: ¿quién lo garantizará? ¿Se nombrarán censores que examinen los manuscritos? Entonces no hay libertad de la prensa. ¿Se someterán las impresiones á los sufragios? Eso es suponer que los votantes conocen el libro que se les quiere hacer leer. ¿Se esperará á que el autor reúna un número suficiente de suscritores? Entonces entramos de nuevo en el sistema de la venta y del cambio, del *debe* y del *haber*, en la negación del comunismo.

¡Cuántas dificultades invencibles! Si la comunidad es prudente, debe exigir por sí misma una garantía; es decir, debe reconocer una posesión independiente de ella y pronunciar su propia disolución: si el autor es verdaderamente leal y desprendido, debe asumir sobre sí mismo la responsabilidad de su obra; es decir, debe separarse de la comunidad. Pero esta misma abnegación, no puede producir los actos si no posee, en sí ni fuera de sí, nada que pueda sacrificar. *Nemo dat quod non habet*; es el Evangelio, es Jesucristo mismo el que lo dice. En donde nada habeis puesto, nada podeis recoger; y de todos los hombres, el más capaz de sacrificarse no es el comunista, sino el propietario. ¿Será preciso que presente como nueva una verdad tan trivial?

Cualquiera que sea el camino que tome, el comunismo llega fatalmente al suicidio. Constituido sobre el tipo de la familia, se disuelve con ella; y no pudiendo prescindir de la repartición, perece con ella. Obligado á organizarse, la organización lo mata: en fin, el comunismo supone el sacrificio; y suprimiendo la materia y la forma del sacrificio, lejos de poder constituir la serie necesaria á su existencia, ni si-

quiera puede presentar el primer término de su evolución.

Dadme algo que se armonice con otra cosa, una idea cuyo objeto pueda tocarse, un hecho que se analice y que yo pueda comprender, y reconoceré este hecho ó suscribiré esta idea; pero... ¿qué quereis que os diga de una sociedad que sólo se concibe en la nada, que no se concilia con nada y que subsiste por la nada?

§. IX.—El comunismo ecléctico, ininteligente é ininteligible.

Lo hemos dicho desde un principio y lo repetimos ahora; nada hay en la utopía socialista que no se encuentre en la rutina propietaria, siguiendo en esto el principio de la escuela: *Nihil est intellectu, quod prius non fuerit in sensu*. El socialismo no posee nada que le sea propio; lo que le distingue, le constituye y le hace ser lo que es, es la arbitrariedad y lo absurdo de sus plagios. ¿Qué es la comunidad? La idea económica del Estado llevada hasta la absorción de la personalidad y de la iniciativa individual. Pues bien: el comunismo no comprendió siquiera la naturaleza y el destino del Estado; al apoderarse de esta categoría á fin de darse á sí mismo cuerpo y cara, sólo vió el lado reaccionario de la idea, y manifestó su impotencia al tomar por tipo de la organización industrial el de la policía. El Estado, dijo, dispone soberanamente del servicio de sus empleados, á quienes alimenta, alberga y pensiona; luego puede ejercer también la agricultura y la industria alimentando y pensionando á todos los trabajadores. Mil veces más ignorante que la economía política, el socialismo no ha visto que al hacer entrar en el Estado las demás categorías del trabajo, convertía á los productores en improductivos; no comprendió que los